

¿Fue Clark L. Hull un psicólogo cognitivo?*

*Fernando Gabucio***

Universidad de Barcelona

Clark L. Hull ha venido recibiendo, en la historiografía de la psicología, un tratamiento que lo cataloga y define como uno de los representantes más sobresalientes del neoconductismo. Su obra habría sido la de un teórico del aprendizaje, pero la época de su desarrollo habría correspondido con una fase del desarrollo de las ideas conductistas más abierta, en discusión permanente con otras orientaciones teóricas, conductistas y no conductistas, menos propagandista y dogmática que el conductismo clásico, y a la vez también más sofisticada desde un punto de vista teórico. Hull habría desarrollado la versión teórica más compleja y elaborada de los mecanismos y principios del aprendizaje. La obra de Gondra objeto de este comentario no parece que se proponga una reconsideración absolutamente radical de esas ideas acerca de la obra y la figura de Hull y de su significado histórico. Pero sí parece proponerse, a través de un detallado estudio de fuentes singularmente significativas, y no explotadas hasta la fecha, una profundización sistemática en el desarrollo de sus ideas e investigaciones psicológicas que vaya más allá del cliché que la historiografía previa puede habernos legado. El libro que comentamos no es una monografía meramente descriptiva sobre Hull. En lugar de eso, es un análisis con perspectiva e intención. El propio título del libro así parece anunciarlo. «Mecanismos asociativos del pensamiento»: ¿del pensamiento? Acabamos de decir que Hull viene siendo considerado como un investigador y un teórico del aprendizaje. ¿Acaso el neoconductismo llegó a hacer suyo el estudio del pensamiento como objeto de investigación? ¿No se trataba precisamente de que el conductismo había

** Reseña de J. M. Gondra (2007): *Mecanismos asociativos del pensamiento. La «obra magna» inacabada de Clark L. Hull*. Bilbao: Desclée de Brouwer (471 páginas).

* Correspondencia: Departament de Psicologia Bàsica. Facultat de Psicologia. Edifici de Ponent. Pg. Vall d'Hebron, 171. 08035 Barcelona. E-mail: <fgabucio@ub.edu>.

logrado centrar la investigación psicológica en la conducta manifiesta, eliminando el estudio de los procesos inobservables –a los que, sin duda, pertenecería el pensamiento– de la agenda de la psicología? El subtítulo del libro, fundamental, no hace más que agregar una pequeña pero efectiva dosis de provocación: ¿la «obra magna» inacabada de Hull tuvo que ver con la investigación del pensamiento? Entonces, ¿hay un Hull oculto, desconocido u olvidado que hizo o quiso hacer del estudio del pensamiento su «obra magna»? Si fue así, si hay evidencia histórica firme para sostener tal posibilidad... podrían cuestionarse algunas ideas recibidas. Por ejemplo, quizá la continuidad entre conductismo y neoconductismo (al menos el de Hull) no fue tan significativa como solemos asumir; quizá, y también contrariamente a lo que suele creerse, la continuidad teórica e histórica entre neoconductismo y psicología cognitiva es mayor de lo que generalmente se supone (un golpe contundente a la tan cacareada idea de un cambio de paradigma entre conductismo y psicología cognitiva).

Lo primero que seguramente debe destacarse de este libro, como hace el propio autor, son sus fuentes. Gondra ha trabajado con un material histórico del máximo interés de cara a reconstruir el desarrollo de las investigaciones de su personaje objeto de estudio. Se trata de una rica colección de *Libros de Ideas* que Hull elaboró a lo largo de toda su vida profesional, y que utilizó, simultáneamente, como una especie de laboratorio teórico, de diario de investigaciones, de ejercicios reflexivos de lecturas, de planificación de experimentos, y también, y mucho, vistas las abundantes citas de ese tenor que se recogen en el libro, de expresión de ambiciones teóricas personales. Como puede suponerse, estudiar unas fuentes como éstas hace posible «entrar en los reductos más íntimos de alguien que ha dejado huella en la disciplina», y «reconstruir la génesis y desarrollo de una teoría desde dentro, desde el núcleo mismo del pensamiento de su autor» (Gondra, *op. cit.*, p. 14). Y éstas son poderosas razones, y un poderoso soporte, para llegar a las conclusiones a las que haya que llegar, y para defender las tesis que haya que defender. La tesis de Gondra, siempre muy próxima a esas privilegiadas fuentes, es clara desde la introducción (en realidad, desde el título del libro): Hull había expresado en 1933 que su máxima ambición era la de «desarrollar un cuadro de los procesos mentales superiores avalado por una vigorosa serie de investigaciones experimentales». Eso quedaba consignado a media carrera profesional, pero antes, ya en 1916, con 32 años (había llegado a la psicología a los 27), en el curso de su doctorado, había expresado que «Ahora parece casi seguro que seré un psicólogo puro... Debo proponerme una tarea limitada e intentar convertirme en la máxima autoridad... El tema será la psicología de la abstracción y la formación de conceptos, y quizá, en último término, del razonamiento». Pero es que después de la publicación de *Un sistema de conducta*, en 1952, poco antes de su muerte, retoma ese interés y trata de volver a su perenne propósito. Parece, por tanto, haber una constancia en la ambición teórica de Hull desde sus inicios hasta el final de su carrera. Mostrarlo es el objetivo del libro

de Gondra. Se distinguen, no obstante, «cuatro grandes bloques temáticos» en el conjunto de la obra de Hull: los dos primeros serían sus contribuciones a la psicometría y sus experimentos sobre hipnosis y sugestión; el tercer gran apartado, el dedicado a la teoría de la conducta, constituiría aquél con el que ha venido a nutrirse su reputación histórica como neoconductista y el que más reconocimiento le ha valido; el cuarto apartado, «el menos conocido de todos», sería el compuesto por las diversas investigaciones que trataron de apuntar a esos procesos mentales superiores, ocupándose de procesos de categorización, razonamiento y solución de problemas, y que debían haber constituido, ésta es la tesis del libro de Gondra, la «obra magna» de Hull. De manera que los *Principios de Conducta* (1943/1986) «no son más que el primer volumen de una trilogía en el que (...) se proponen las leyes o principios generales de la conducta de los mamíferos superiores» (*op. cit.*, p. 26). El segundo volumen de esa trilogía sería *Un Sistema de Conducta* (1952), que contiene una teoría revisada de las formas más complejas del aprendizaje. El tercer volumen de esa trilogía parece que debía haber sido aquél en el que efectivamente acabase cobrando vida una teoría de los procesos mentales superiores. Pero la fecha de la muerte de Hull lo habría impedido.

El relato de *Mecanismos asociativos del pensamiento* se presenta ordenado cronológicamente en su mayor parte. Los muchos años que Hull se mantuvo escribiendo sus *Libros de Ideas* lo hacen posible. Por otra parte, al ser esas fuentes un registro tan continuo de los procesos de investigación y de estudio y reflexión, es posible elaborar una pormenorizada descripción que avanza casi día a día, paso a paso, al hilo de los avances de su autor. Esto proporciona una narración sumamente detallada, pausada y continua de sus progresos, evoluciones, y también de los vaivenes, teóricos. A la vez, la reconstrucción que se hace no se limita a seguir el hilo de esos materiales privados. Establece continuamente, y a lo largo de todo el libro, conexiones entre la reflexión privada de Hull, escrita básicamente para él mismo, y los artículos y libros efectivamente publicados en que se condensa y se difunde el trabajo teórico y empírico del investigador. Esa es sin duda otra de las cualidades de la reconstrucción histórica que se acaba ofreciendo.

Pero no todo el libro sigue una única secuencia cronológica. Los capítulos finales, el 9 («Los hábitos simbólicos del pensamiento») y el 10 («Razonamiento y resolución de problemas»), vuelven al inicio de la historia y reconstruyen largamente y en primer lugar los antecedentes de las elaboraciones teóricas de Hull respecto de los temas a los que dan título esos capítulos. Ese es un rasgo que me parece importante para la estructura argumentativa del conjunto del libro. Los capítulos en los que sí rige un relato continuo y cronológicamente organizado van desde el primero hasta el octavo. En el primero se trazan los «Orígenes intelectuales» de Hull, su formación, alguna experiencia que luego iba a alimentar su curiosidad con respecto a la hipnosis y la sugestión, el paso desde la ingeniería a la psicología, la llegada a Michigan y el contacto

con Pillsbury y su «Psicología del razonamiento», la relación con el tema de los débiles mentales. Cuando va fraguándose su definición inicial como investigador, los temas de la conceptualización y del razonamiento ocupan un lugar importante desde el principio. Una de las múltiples expresiones de interés en esas cuestiones, que Gondra va hilando y sobre las que va construyendo su descripción y el argumento del libro, puede resultar oportuna aquí (es una entrada del 5 de marzo de 1916; *op. cit.*, p. 67):

Parece que la mayor necesidad de la ciencia del presente es crear un conocimiento *experimental y científico* de los procesos mentales superiores. Naturalmente esto es extraordinariamente difícil, debido a la complejidad del tema. Este hecho me brinda una oportunidad extraordinaria, porque me permitirá utilizar al máximo mi ingenio natural para diseñar experimentos y aparatos. Si se cumple mi promesa presente, puedo tener el campo sólo para mí, como hizo Ebbinghaus en el caso de la memoria. Pero en contraste con Ebbinghaus, estoy iniciando la cosa cuando soy joven, mientras que él comenzó con la memoria (creo) a una edad bastante madura.

Pero si en ese primer capítulo asistimos a la aproximación de Hull a una «psicología de los procesos cognitivos», como se dice en el libro, el contenido del segundo capítulo no puede más que reforzar y afianzar la imagen de un Hull tentado por los procesos cognitivos. Como es sabido, su tesis doctoral se ocupó de «La formación de conceptos». La tesis es analizada detalladamente en su contenido y planteamientos, y con respecto a sus fuentes de inspiración, tanto en un sentido más técnico como en cuanto a los aspectos teóricos. De hecho, uno de los rasgos constantes del conjunto del libro es su extremada precisión, detalle y concreción a la hora de ir señalando las fuentes diversas que se entretajan casi a cada paso en la evolución teórica de Hull. La actividad científica sin duda requiere el tipo de «ingenio natural para diseñar experimentos y aparatos» al que se refería el propio Hull en la cita anterior, pero contemplada desde un punto de vista histórico no cabe duda de que es también en un grado enorme el fruto del entrecruzamiento del trabajo de múltiples agentes. Aunque Gondra se desmarca en el prólogo del libro de ciertas posiciones que, dice, corren el riesgo de reducir la historia a la sociología de la ciencia, lo cierto es que en conjunto su trabajo puede ser leído como un excelente ejemplo de análisis continuo de las influencias concretas, directas, y múltiples que afectan a cada toma de posición teórica, a cada diseño experimental, a cada crítica y, en definitiva, a toda la actividad científica.

El capítulo dedicado a la tesis acerca de la formación de los conceptos acaba trazando las coordenadas funcionalistas del trabajo de Hull y analizando muy particularmente tanto la influencia de Thorndike como la de James –además de notar, por ejemplo, dos omisiones muy significativas en las referencias de Hull, la de Watson y la de Titchener.

En el tercer capítulo («Reflexiones en medio de la praxis») se reconstruyen los trabajos de Hull dedicados tanto a los tests de aptitudes como a la hipnosis. Pero, siguiendo el hilo de los *Libros de Ideas*, se hace patente que no se trata de un Hull tan distinto al de la tesis. No ha abandonado sus preocupaciones y disquisiciones con respecto a los procesos mentales superiores. Así, aunque por una parte se adhiere a la idea de que la conciencia es un fenómeno marginal que no influye en la conducta (el epifenomenismo de Huxley), a la vez está interesándose por la relación entre conciencia y lenguaje y también consignando en sus *Libros de Ideas* sus propias introspecciones con respecto a procesos de razonamiento y solución de problemas, en discusión y reelaboración de algunas observaciones de James. Por otra parte, «el término conductista no aparece en los *Libros de Ideas* hasta el año 1922» –señala Gondra (*op. cit.*, p. 140). Y las anotaciones de ese momento no expresan precisamente una muy buena consideración del trabajo de Watson, que era visto más bien como «un propagandista desprovisto de base teórica que se había limitado a difundir en Norteamérica los métodos de Bechterev y otros extranjeros» (*op. cit.*, p. 141).

«Los años 1924 y 1925 fueron cruciales para Hull», dice Gondra (*op. cit.*, p. 175). Efectivamente, se opera entonces una curiosa transformación que es la que se recoge en el capítulo 4 («Razonamiento, gestalt y conductismo», tres términos que vienen a sintetizar muy bien la encrucijada en la que se encuentra Hull –y buena parte de la psicología de la época). Hull organiza en 1924 un seminario sobre el razonamiento (que tiene como un eje fundamental la «Psicología del razonamiento» de Rignano). Eso continúa denotando su persistente interés en formular y avanzar en la indagación de un asunto que viene interesándole desde antiguo. En 1925 organiza otro seminario, esta vez sobre el conductismo, «concebido como una primera aproximación a las distintas teorías conductistas» (*op. cit.*, p. 145). Parece ser que es en esa encrucijada donde se decide un rumbo firme que organizará y encauzará a la vez tanto los intereses teóricos y de investigación como las ambiciones personales de Hull para los siguientes años. Con las palabras de Gondra, este «seminario marcó un punto de inflexión en su evolución intelectual, porque fue entonces cuando decidió adoptar el punto de vista conductista en su explicación de los procesos mentales superiores» (*op. cit.*, p. 145). El tercer ingrediente de esa autodefinition personal vendría dado por el impacto en los Estados Unidos de los trabajos de los psicólogos de la Gestalt. Esas nuevas propuestas teóricas parecen acabar de dar el punto de antagonismo que toda empresa asumida con determinación parece necesitar. Una anotación de 1926 parece sintetizar y expresar mejor que ninguna otra la definición del trabajo por realizar (*op. cit.*, p. 146):

Nuestro problema es construir una teoría conductista del razonamiento. Desde otra perspectiva, intentar responder a la pretensión gestaltista de que la asociación no puede explicar ninguna inferencia. Elaborar desde una perspectiva conductista el principio asociativo que está en la base del razonamiento y las inferencias.

A mi modo de ver, en los siguientes cuatro capítulos lo que encontramos es fundamentalmente al Hull neoconductista, el que desarrolla la empresa de elaboración teórica más sofisticada de esos años respecto de los principios del aprendizaje, el clásico, por así decir, el que nos ha legado la historiografía precedente. O, como decía Gondra al comienzo del libro, el que desarrolla la parte más conocida, y reconocida, del conjunto de su obra. La decantación teórica (y muchísimo trabajo) da sus frutos.

El capítulo 5 («Un sistema de psicología mecanicista») describe y reconstruye el proceso de definición de rumbo al que me refería. Empiezan a fraguarse algunas ideas que están tomadas de la teoría precedente con respecto a los procesos mentales superiores, pero en términos mecanicistas –un compromiso epistemológico que seguramente Hull había adoptado mucho antes pero que venía conviviendo con sus intereses acerca de los procesos cognitivos. Muestra de esa simbiosis son, por ejemplo, la idea del «propósito como estímulo persistente», la noción de «jerarquías de familias de hábitos» para la explicación de las conductas de «insight», o la redefinición de la abstracción conceptual en términos de «jerarquías asociativas». En cualquier caso, la pretensión de una «obra magna» sobre procesos superiores sigue viva, y de ello dan cuenta también algunos títulos previstos para coronar tal realización: «Psicología de los procesos del pensamiento, psicología de los procesos del pensar, mecanismos del pensamiento, mecanismos de la mente, mecanismos mentales...» (*op. cit.*, p. 203).

El título del capítulo 6 del libro de Gondra no puede ser más definitorio de la evolución que está describiéndose: «Del pensamiento al aprendizaje». La «obra magna» no acaba de ser «sobre el pensamiento, porque, con el paso del tiempo, sus intereses fueron derivando hacia la teoría sistemática del aprendizaje». La lectura de «Reflejos condicionados» de Pavlov parece que fue determinante en ese redireccionamiento. Y, en el relato de ese capítulo, también lo fueron las respuestas que encontró a la difusión de sus trabajos. En este punto el esquema explicativo es sencillo y reconocible, y se puede resumir así: los trabajos publicados de Hull en que se adentraba en cuestiones más cognitivas parece que fueron objeto de desdén y desconfianza, y en cambio aquellos en los que teorizaba relaciones estímulo-respuesta, es decir, los más acordes con el clima teórico predominante, resultaron aplaudidos y apreciados. El balance es que las fuerzas sociales que eran destinatarias de sus esfuerzos de investigación acabaron reforzando unas conductas y castigando otras. Gondra es ciertamente contundente al decir, además, lo siguiente: «... para una persona tan sensible al poder como Hull (...) la vía más rápida para acceder al liderazgo de la psicología no era el pensamiento, sino la teoría del aprendizaje. Y a partir de ese momento (–la reunión anual de la APA de 1934–), ella se convirtió en el centro de la ‘obra magna’». Este es un punto interesante en el conjunto del libro. A lo largo de doscientas páginas venimos persiguiendo las pistas de una «obra magna» sobre el pensamiento por parte de un neoconductista. Y, de pronto, ésta acaba de transfigurarse en una «obra magna» acerca del aprendizaje.

Quizá, hay que empezar a preguntarse, hay dos «obras magnas» en la trayectoria de Hull: una es la deseada y perseguida durante una buena parte de su carrera inicial, el anhelo de juventud, y la otra es la efectivamente lograda, y es además aquella por la que obtiene un gran reconocimiento, en la segunda parte de su trayecto biográfico. Una *hubiera debido ser* sobre el pensamiento, la otra *es* sobre el aprendizaje.

El capítulo 7 («Rivalidad con Tolman») y el 8 («La teoría sistemática de la conducta») dibujan ya un Hull muy próximo al que nos ha legado la historiografía previa. Estamos en las décadas de los 30 y los 40. Gondra continúa describiendo minuciosamente el desarrollo del trabajo de Hull, a partir, como hasta ahora, de los *Libros de Ideas* y de las publicaciones. En 1943 publica los «Principios de Conducta», que había empezado a escribir cuatro años antes, y que «se convirtió muy pronto en el centro de la teoría moderna del aprendizaje» (*op. cit.*, p. 276). Gondra lo considera como el primer volumen de la «obra magna». Los años siguientes los dedicará al refinamiento y cuantificación de las principales ecuaciones del sistema, lo que culminará en la redacción de «Un Sistema de Conducta» (1952), que debe ser considerado como el segundo volumen de la «obra magna», publicado ya después de su muerte. Ahí tampoco se trata del razonamiento, que debía haber quedado ligado al lenguaje en el tercer volumen proyectado de la «obra magna». Dice Gondra que «A partir de febrero de 1952, los *Libros de Ideas* volvieron a llenarse de ideas sobre el pensamiento, solución de problemas, razonamiento e ideas abstractas» (*op. cit.*, p. 276), pero Hull iba a morir el 10 de mayo de 1952, con muy poco tiempo, por tanto, para avanzar en ese tercer volumen proyectado.

En los dos últimos capítulos se interrumpe, como decía antes, la estructura cronológica de acuerdo con la cual ha venido haciéndose la reconstrucción, y se focaliza la atención en sendas cuestiones ligadas a lo que aparece como la tesis fundamental del conjunto del libro: el interés sostenido por Hull a lo largo de toda su vida por los procesos mentales superiores. El capítulo 9 trata de «Los hábitos simbólicos del pensamiento», el 10 de «Razonamiento y resolución de problemas». El capítulo 9, como luego hará también el 10, hace un largo *flash-back* que nos retrotrae primero a la teoría de la conciencia de James, y luego a las ideas de Watson acerca del pensamiento. A partir de ahí, como precedentes significativos, se amplía y se profundiza en elementos muy interesantes de la «pelea» teórica de Hull con los procesos superiores, pero, en mi opinión, no de forma tal que eso obligue o fuerce a replantearse el conjunto del desarrollo de la teoría de Hull, y muy en particular –dicho con el título del capítulo 6– su evolución «Del pensamiento al aprendizaje». El problema del lenguaje emerge, y ahí Hull parece encontrar serias dificultades. Por una parte, es cierto, como se hace notar, que Hull admite que «cuando los hábitos simbólicos establecidos principalmente para estimular a los demás vienen a funcionar como actos de estímulo puro internos –tratando de asimilarlos a su terminología teórica–, probablemente tenemos lo que

ordinariamente se llama simbolismo, es decir, el habla interna y realmente abstracta o pensamiento lógico» (*op. cit.*, p. 349). Pero el arsenal teórico con el que cuenta para afrontar las viejas cuestiones está ya muy elaborado (actos de estímulo puro, el propósito como estímulo persistente, las reacciones fraccionales anticipatorias de meta, las ideas como estímulos), la teoría está muy *cerrada*, y su desarrollo ha implicado hacer unas elecciones teóricas que no está claro que luego permitan incorporar otras viejas cuestiones, por mucha curiosidad persistente que hayan podido suscitar. El problema del lenguaje, encarado ya en 1930 «era un tema demasiado amplio y (...) lo dejó para una mejor ocasión que no se presentó nunca» (*op. cit.*, p. 368). El propio Hull habría reconocido que el lenguaje «plantea un serio problema a la teoría de la conducta, ya que el comportamiento humano y animal *tienen que obedecer a los mismos principios*» (*op. cit.*, p. 370, el énfasis es mío). Tampoco parece indicativa de un acierto histórico la posición adoptada en 1930 con respecto al problema del significado: «cuanto más vueltas le doy a este asunto del significado, más me inclino a pensar que es un término que dejará de utilizarse como palabra científica. Significa demasiadas cosas» (*op. cit.*, p. 372).

El *flash-back* del capítulo 10, a diferencia de lo que ocurre con el del capítulo 9, sí que acaba devolviéndonos a ese breve paréntesis de 1952 en el que «los *Libros de Ideas* volvieron a llenarse de ideas sobre el pensamiento, solución de problemas, razonamiento e ideas abstractas» (*op. cit.*). Pero, de nuevo, esa reconstrucción no puede evitar desembocar en el reconocimiento de que, aunque «*Un sistema de conducta* trata de las formas más complejas de aprendizaje, como el ensayo y error, el aprendizaje discriminativo, el aprendizaje espacial y el insight (...) Los procesos cognitivos quedan en un segundo plano» (Gondra, *op. cit.*, p. 402). Hull concluía ese libro expresando la esperanza de que el estudio de las reacciones fraccionales anticipatorias de meta «llevará probablemente a un conocimiento conductual detallado del pensamiento y del razonamiento, que constituye el logro superior de la evolución orgánica». El propio Gondra interpreta estas frases finales de ese libro como «una confesión de impotencia, sobre todo después de erigir al pensamiento en el núcleo central de la ‘obra magna’ (...) Hull –dice– tuvo que refugiarse en la esperanza de que, algún día, la teoría de la conducta llegaría a desvelar los mecanismos del pensamiento» (*op. cit.*, p. 403).

Las vacilaciones, las contradicciones y las dificultades de Hull para explicar lo que quería explicar, el pensamiento, el «logro superior de la evolución orgánica», a partir del arsenal teórico de que disponía, y estando firmemente enraizado en los presupuestos mecanicistas, y teniendo todo comportamiento, animal y humano, que *obedecer a los mismos principios*, alcanza también a sus últimas filigranas teóricas. Lo que ahí recoge Gondra no tiene un contenido ni una novedad teórica más definida que todos los ensayos teóricos y tanteos reflexivos previos. Él mismo acaba considerando algunas de las frases de Hull como «un tanto enigmáticas» (*op. cit.*, p. 414).

Entonces, ¿qué balance final podemos establecer? Para Gondra, las cosas quedan así:

Una muerte prematura le impidió a Hull realizar el sueño de pasar a la historia como el primero que llevó el método experimental al estudio del juicio y del razonamiento. A lo largo del libro hemos seguido las vicisitudes de su «obra magna», desde sus comienzos como un libro sobre las jerarquías lógicas y el razonamiento hasta su transformación en un tratado sistemático del aprendizaje y de la conducta adaptativa (*op. cit.*, p. 414).

A mí me parece que hay una especie de contradicción entre la primera afirmación y la segunda. Desde luego, hay un cambio de registro, el que va del deseo a la realidad. Pero es que además no está claro que más tiempo, visto todo el desarrollo anterior, que Gondra ha descrito tan magistralmente, hubiera llevado a poder cumplir con esa aspiración. Porque lo que parece haber ocurrido es justamente lo que se afirma en la segunda frase. La «obra magna», que hemos perseguido a lo largo de todo el libro, se ha transmutado de teoría del pensamiento humano a teoría sobre el aprendizaje animal. Es cierto, según toda la evidencia recogida por Gondra, que la aspiración de Hull estuvo muy viva a lo largo de toda su vida, pero parece también correcto entender que no sólo no cuajó al mismo ritmo que su teoría del aprendizaje, sino que, seguramente, que su teoría del aprendizaje hubiese cuajado como lo hizo pudo suponer una muy severa dificultad para un desarrollo efectivo de la «obra magna» soñada. En mi opinión, esta no es una apreciación que yo haga al margen, o más allá, o a partir de otras evidencias distintas a las que se manejan en el libro. Me parece que es lo que la propia reconstrucción histórica muestra.

El propio análisis de Gondra proporciona elementos de juicio adicionales para componer una imagen de conjunto:

En sus escritos privados, Hull admite muchas cosas que no se atreve a expresar en público. Por ejemplo, no escatima elogios a los experimentos de la Gestalt, acepta los propósitos y cogniciones de Tolman, y coincide con muchas de sus críticas a la Ley del Efecto. Pero una cosa es el ámbito privado y otra muy distinta el ámbito social en el que debe desempeñar la función de líder de una escuela de pensamiento psicológico que aspira a imponerse a las demás (*op. cit.*, p. 418).

Y un poco más adelante:

Ante la falta de respuesta a su tesis doctoral, y visto el interés despertado por el aprendizaje, se entregó de lleno a la construcción de una teoría que mereciese el aplauso de sus contemporáneos. En su afán por conquistar los primeros puestos de la profesión (...) ocultó sus verdaderas intenciones filosóficas para no ser descalificado por el *establishment* psicológico (pp. 419).

A mí no me parece que haga falta mucha más explicación. Es del análisis de los materiales privados de los *Libros de Ideas* de donde surgen las razones y las evidencias para considerar que tras el Hull público del aprendizaje hay un Hull privado de los procesos mentales superiores. El libro de Gondra tiene el indudable mérito de desvelarnos la importancia –para Hull– de esa faceta. Ahora bien, no me parece descabellado pensar que las razones por las cuales Hull logró el liderazgo de una corriente teórica, evitó la descalificación por parte del establishment, y consiguió el aplauso de sus contemporáneos son las mismas que hicieron que la «obra magna» soñada en su juventud –y nunca abandonada del todo– fuese transmutándose en *otra cosa*.

Las «Consideraciones finales» del libro tienen un enorme interés. Discuten las razones de la adscripción de Hull al conductismo a la vez que señalan el peso hondo del pragmatismo y del funcionalismo (sobre todo de James) en su obra. Sobre el fondo de toda la reconstrucción previa, persuaden. A título personal, y a modo de resumen extremo, recatálogo al personaje: Hull, un funcionalista en lo privado y un neconductista en lo público.